

RESUMEN COMPLETO

Viajes por las costas de la Patagonia

de la colección de Pedro de Angelis

La lámpara encendida

Diarios del fin del mundo

Este libro es una colección de documentos del siglo dieciocho sobre las costas de la Patagonia: diarios de viaje, informes de pilotos y cartas de virreyes. Los reunió y publicó en Buenos Aires, en 1837, el editor Pedro de Angelis.

En su introducción, Angelis advierte que no son textos de sabios. Los escribieron marinos y oficiales que contaban sencillamente lo que veían. Pero precisamente por eso conservan algo precioso: la imagen de una tierra todavía salvaje, vista por primera vez.

Y entre todos, destaca uno que no es geografía, sino una aventura humana: el viaje de un hombre solo, con dos perros, a través del desierto.

Esta noche te cuento lo que contienen, con calma.

El padre Cardiel

El primer documento resume el viaje de un jesuita, el padre José Cardiel. En 1748 salió de Buenos Aires hacia el sur, con un estudiante que le ayudaba a misa y cuatro mozos que llevaban las cargas.

Llegó al pueblo de Nuestra Señora del Pilar del Volcán, una misión recién fundada cerca de las sierras, donde vivían otros dos jesuitas, Tomás Falkner y Matías Strobel.

Por el camino describe llanuras inmensas sin un solo árbol, pobladas de miles de caballos salvajes, de venados, avestruces y armadi-

llos. Y cuenta que entre los ríos Colorado y Sauce vivían los tehuelches, que apenas tenían trato con los españoles.

Desde allí siguió hacia el sur, guiado por dos indios serranos, hasta el arroyo de la Ascensión.

El San Martín

El documento más largo es el diario de un piloto llamado Jorge Barne, que en 1752 viajó desde Buenos Aires hasta el puerto de San Julián, muy al sur, en un pequeño barco llamado San Martín.

El viaje lo pagaba un comerciante de Buenos Aires, don Domingo de Basabilbaso, que buscaba sal y pescado.

El diario anota cada día los vientos, las tormentas y las profundidades del mar. Y al llegar a San Julián describe un lugar desierto, con salinas, guanacos, zorros, patos, avestruces y peces abundantes.

Los marineros encuentran restos misteriosos: dos o tres mil pequeñas sepulturas de piedra, huellas de antiguos fuegos con huesos de guanaco, un sombrero negro medio podrido y la madera de un barco naufragado.

Uno de cada parte del mundo

Antes de volver a Buenos Aires, el piloto deja en San Julián a unos hombres para cuidar los animales y preparar la sal del siguiente viaje.

Se ofrecen voluntarios tres hombres muy distintos: Santiago Blanco, un gallego; Hilario, un indio del Paraguay; y José Gombo, natural de las Indias Orientales. Allí se queda también un africano, de Angola,

que había huido tierra adentro días antes. El piloto anota, admirado, que en aquella tierra solitaria queda un hombre de cada una de las cuatro partes del mundo.

La huida de Hilario

Lo que les pasó lo contó después el propio Hilario Tapary.

Pocos días después de que el barco se marchara, unos doscientos indios llegaron a su rancho. No les hicieron daño, pero se llevaron todas las provisiones y la ropa que no llevaban puesta.

El gallego huyó a escondidas y nunca se supo de él. Hilario y su compañero José, por miedo, decidieron escapar de noche y volver a Buenos Aires a pie, siguiendo la costa del mar. No llevaban más que con qué encender fuego y dos perros pequeños.

El desierto

El viaje fue terrible. No había agua dulce. Cavaban pozos en la arena de la playa para humedecerse la boca.

José bebió demasiada agua salada y enfermó. A las tres semanas ya no podía caminar. Hilario se quedó dos días a su lado buscando agua, sin encontrarla. Al final, llorando, tuvo que abandonarlo para no morir él también.

Siguió solo con sus dos perros. Mató un lobo marino con un palo, bebió su sangre, y con su piel hizo un odre para llevar agua.

Un día, uno de sus perros salió corriendo detrás de unos avestruces y se perdió para siempre. Hilario lo sintió como la pérdida de un compañero.

Comía frutos silvestres, pequeños animales, lo que encontraba. Pasaba cuatro, seis días sin comer, a veces más. Cruzó un río agarrado a un tronco con su perro, y caminó por la playa durante semanas para rodear unas sierras impenetrables.

Entre los indios

Por fin llegó a un río enorme. Allí lo encontraron dos indios a caballo. Hilario creyó que iba a morir.

Pero al verlo convertido en un esqueleto, los indios se compadecieron de él. Lo llevaron a sus toldos, le dieron carne de avestruz y de venado, y pieles para abrigarse del frío.

Vivió con ellos mucho tiempo, sin entender su lengua. Aprendió a cazar a caballo y viajó con ellos de un lugar a otro, cruzando ríos en balsas de cuero.

Cuando se acercaron a las tierras de Buenos Aires, Hilario se separó de ellos, se encontró con indios amigos del cacique Bravo, y estos lo escoltaron hasta un fuerte de la frontera.

Llegó a Buenos Aires el 6 de enero de 1755. No sabía escribir, así que contó su historia en una declaración. Y dijo que quería volver a embarcarse.

El estrecho de Magallanes

Otro documento, firmado en las islas Malvinas en 1769, recoge observaciones sobre el estrecho de Magallanes, sacadas de los viajes de grandes navegantes como Francis Drake o Thomas Cavendish.

Explica que el estrecho siempre se consideró una de las empresas más arriesgadas del mar, por sus vientos cambiantes, sus mareas irregulares y sus corrientes.

La Bahía sin Fondo

En 1778, una expedición de cuatro barcos salió de Montevideo con más de cien soldados, al mando de don Juan de la Piedra, para explorar la llamada Bahía sin Fondo.

Descubrieron un gran puerto al que llamaron San José, y empezaron a construir un fuerte. Pero una crecida inundó el primer campamento, y tuvieron que trasladarlo a un terreno más alto.

Después vienen los informes del ingeniero Custodio Sá y Farias sobre ese puerto, y sobre la importancia de poblar la costa para que ninguna otra nación se instalara en ella, y para aprovechar la pesca de la ballena.

Villarino y el Río Negro

El piloto Basilio Villarino, que había recorrido la costa y los ríos como nadie, escribe en 1782 desde su barco, en el Río Negro, un informe sobre los puertos de la Patagonia, sus aguas, sus tierras y sus indios.

Lo termina con humildad: si nada de lo que dice es útil, pide que su ignorancia quede en el olvido.

El final: el informe del virrey

El libro termina con una carta del virrey Juan José de Vértiz, escrita en Montevideo en 1783.

Después de tantos esfuerzos, el virrey propone abandonar casi todos los establecimientos de la costa patagónica. Son carísimos, las tierras son áridas, y mantener la paz con los indios cuesta mucho dinero en aguardiente y regalos. Solo aconseja conservar el del Río Negro.

Así, el sueño de poblar la costa se detiene por un tiempo.

Lo que nos deja

Estos documentos nos muestran la Patagonia cuando todavía era un mundo casi desconocido para los europeos: inmensa, dura y hermosa.

Y entre mediciones y cifras, nos dejan una historia inolvidable: la de un hombre solo, con un perro, caminando hacia casa por el fin del mundo.

Y nos dejan una pregunta para esta noche: ¿qué te daría fuerzas a ti para seguir caminando?

Resumen original de La lámpara encendida. Escucha el libro completo, leído en voz baja, en nuestro canal de YouTube.
Descarga gratis más libros de dominio público en nuestra web.